

nales y de taller, junto a sus profesores. También se habla de técnicas varias, como el «dictado de apuntes» (*sic*), el uso del libro de texto por los profesores; así como del agrupamiento del alumnado.

No deja de plantear por ello los problemas que ha de afrontar el centro, principalmente debidos a la intensificación del trabajo docente por los materiales curriculares *ad hoc*; unido al disenso de la parte del claustro que ha llegado vía concurso de traslado y es reacio al PEC; y, sin afán de ser exhaustivo, la disidencia de un sector de padres, la falta de apoyo institucional, junto a la incertidumbre debida a la continuidad en la ESO y el cambio tan importante que ello supondrá. Además de todos esos aspectos, un capítulo nuevo analiza la metodología didáctica del centro, con especial referencia al trabajo por proyectos, a las asambleas y al uso de la prensa, junto a las salidas al exterior y el uso de Internet.

Para terminar, una exposición valiente y exhaustiva de la recientemente aprobada LOE culmina, «a modo de conclusión», un libro que combina actualidad y análisis, periodismo y sociología, trabajo sistemático y debate. Un libro que une, al interés intrínseco de la lectura de temas de actualidad de un sector como el educativo, siempre de actualidad y sometido a la tensión del cambio constante, frufú de sotanas y a la crítica enconada desde los más diversos sectores. Como estrambote, el libro publicado por Siglo XXI, Feito incluye un «A modo de conclusión: La Ley Orgánica de educación», en el que Feito presenta las principales características de esta Ley desde la perspectiva de lo que ha quedado de su paso por las Cortes Generales y, sobre

todo, su encuentro con las diferentes instancias educativas eclesiales o cívicas.

Todos, pues, temas interesantes y tratados con entusiasmo, facilitando su lectura y comprensión. Considerados como virtuales respuestas a las posibles preguntas de un acercamiento crítico al respecto, podríamos decir, en conclusión, que delimitan en gran medida los rasgos de esa escuela de la posibilidad, marcando el camino de lo que debería ser esa escuela democrática, de calidad y para todos. Algo que ya diseñaron en la transición y en sus debates miles de enseñantes, la mayoría instalados hoy donde habitan la frustración y la pena. Ojalá que las respuestas contenidas en este ensayo sirvan para que las nuevas promociones lo intenten de nuevo: sólo en el intento se sabrá si es posible y, desde luego, no una panacea.

Antonio GUERRERO SERÓN

Luis Alfonso Camarero (coord.)

Emprendedoras rurales: de trabajadoras invisibles a sujetos pendientes

(Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente,
UNED Alzira-Valencia, 2005)

Los investigadores sobre el cambio en el mundo rural hemos podido detectar, con sorpresa, el aumento del autoempleo femenino. Camarero y su colaboradores/as han abordado este fe-

nómeno en su libro *Emprendedoras rurales* y se han animado a realizar una investigación sobre un grupo social que parece inexistente en un medio que, como ellos mismo dicen, es «un desierto de mujeres». Resulta sorprendente que, en un entorno envejecido y casi vacío de jóvenes, surjan iniciativas empresariales precisamente de las que podríamos considerar, sin temor a equivocarnos, las peor tratadas de la sociedad rural: las mujeres. Pero si el libro se abre con un cierto optimismo, a la espera de encontrar en las emprendedoras rurales el motor de desarrollo de un mundo rural maltrchado, los análisis de sus autores y autoras nos presentan una realidad poco atractiva y, quizás también, poco esperanzadora.

El texto se divide en dos partes: una en la que se analiza cuantitativamente la situación laboral de las mujeres rurales, y otra en la que las propias mujeres se autodefinen como trabajadoras. Pero estas dos partes están claramente unidas al depender ambas de un eje común: la invisibilidad del trabajo femenino, un fenómeno ya registrado y analizado en estudios anteriores, aunque no de un modo exhaustivo como se hace aquí. En la primera parte se analiza esta invisibilidad intentando un acercamiento a la cara oculta del trabajo autónomo realizado por las mujeres. En la segunda, los análisis cualitativos (entrevistas y grupos de discusión) van desgranando la percepción que las propias mujeres tienen de sus actividades laborales, dejando en evidencia la indefinición, o más bien ambigüedad, que las caracteriza como trabajadoras.

El análisis que realizan los autores les lleva a situar las diferentes posiciones de la inserción

laboral de las mujeres rurales sobre tres ejes. Un eje en el que se sitúan en un extremo las economías formales y en el opuesto el trabajo informal. En un segundo eje se sitúan dos polos: el trabajo doméstico y el trabajo mercantil. Un tercer eje referido al grado de control que las trabajadoras ejercen sobre su propio trabajo, situándose las asalariadas en un extremo y las autónomas en el otro. Gracias a esta presentación de posiciones, fundamentada teóricamente y de gran utilidad para futuros trabajos empíricos, se comprende con claridad la posición laboral de las mujeres.

El libro dedica un capítulo al trabajo invisible con una amplia bibliografía actualizada sobre el tema desde muy diferentes perspectivas (economía sumergida, empleo femenino, empleo asalariado...). Se analiza también el trabajo asalariado y sus rasgos de invisibilidad pues, como los propios autores explican, cuando el objeto de estudio son las mujeres emprendedoras, las posiciones laborales no son nada claras ni delimitadas, y es preciso explorar todas las opciones para comprender una de ellas, la de emprendedoras. Pero, además, el estudio constata que la economía irregular es una estrategia de iniciación al mundo laboral, de ahí que sea preciso explorar todos los comportamientos laborales. Los autores logran describir y cuantificar esta diversidad y afirman que «de cada diez mujeres rurales entre los 18 y los 50 años, cuatro trabajan en la economía regular, tres se dedican al trabajo doméstico y dos trabajan en economía irregular y una está estudiando». Para este análisis cuantitativo utilizan la Encuesta de Calidad de Vida en el Trabajo, que se aproxima a los aspectos más visibles de la actividad laboral y permite comparar

medio rural y urbano, así como diferenciar entre hombres y mujeres. Es particularmente importante el uso de esta fuente, que resuelve algunos de los problemas de los estudios rurales para explorar las actividades laborales (como la clasificación entre rurales y urbanos en las categorías laborales exploradas). Usan, además, los Censos de Población para explorar los diferentes grupos de edad y realizar una descripción demográfica de la población.

La cuantificación les permite realizar una tipología de mujeres y determinar unos porcentajes para cada uno de los cuatro tipos: las familiares, las autónomas, las asalariadas y las empresarias. Pero, además, profundizan en los perfiles de estas cuatro tipologías de mujeres a través de sus narrativas en las entrevistas individuales, para intentar comprender cómo llegan a la posición laboral en la que se encuentran.

La investigación, con un acertado complemento entre el análisis cualitativo y cuantitativo, logra desgranar con maestría la situación laboral de las mujeres rurales. Cuestiona algunos de los tópicos existentes en los estudios sobre el empresariado femenino. Todos los datos, tanto cualitativos como cuantitativos, conducen hacia un perfil dominante de empresarias rurales: mujeres con negocios y cargas familiares. Se da una fuerte vinculación entre la actividad empresarial femenina y su ciclo vital, así como un claro nexo entre ellas y los negocios de sus familiares.

Los autores afirman (y demuestran) que no es suficiente constatar las mayores dificultades de las mujeres para acceder al empleo, hay

que profundizar en la naturaleza de sus dificultades. Y esto es particularmente importante para las emprendedoras. En un colectivo que habitualmente es analizado desde el momento en que visibiliza la actividad, este estudio muestra con claridad la gran relevancia analítica de explorar los caminos que llevan a las mujeres hasta esta situación: en primer lugar, porque el camino hasta llegar a ese momento es relevante para entender su posición laboral y social; pero además, y en segundo lugar, muchas no llegan y permanecen en la invisibilidad, y aun así pueden llamarse emprendedoras.

Como los propios autores indican, la mayoría de las actividades de las emprendedoras se relacionan con la «emergencia de actividades tradicionalmente desempeñadas por las mujeres como trabajo invisible no declarado». No hay nuevas actividades, algunas nunca se visibilizan, hay estrategias de «movilidad pendular» y se insertan en actividades fuera del medio en movimientos de ida y vuelta, todo un conjunto de situaciones que es preciso conocer para entender su posición social y laboral. Esta confirmación pone en entredicho el tradicional análisis sobre el espíritu emprendedor de quienes inician una actividad empresarial, dejando en evidencia que detrás de estas decisiones hay un cúmulo de factores alejados de lo psicológico y más propios del entorno social y familiar en el que surgen las iniciativas empresariales.

La mayoría de las mujeres inicia su entrada en el mercado en condiciones de irregularidad e inestabilidad. Aunque esto se percibe como transitorio, termina siendo una situación que

con el tiempo les hace ver una mejor salida laboral en los negocios familiares. Ciertamente, esto les sitúa irremisiblemente en un entorno social conservador y en un medio familiar tradicional, por lo que las posibilidades de cambio e innovación estarán, ya de partida, limitadas. Las mujeres rurales emprendedoras no viven en condiciones óptimas. No son, por supuesto, nada favorables a la creación de proyectos individuales, sino que buscan soluciones en las que la autonomía se sacrifica en beneficio de otros, pero podría entenderse como una forma de hacer compatible la dependencia familiar con la independencia propia. Quizás a los autores del estudio les ha faltado ver los aspectos más positivos de esta opción.

El primero de ellos lo constatan sin demasiada convicción: quedarse en el medio rural es hoy, también, una oportunidad, y las mujeres emprendedoras usan las habilidades adquiridas en la socialización de género y el soporte empresarial familiar como recursos para ser usados en su proyecto empresarial. Pero además, y en segundo lugar, los autores no aciertan a valorar las ventajas sociales y culturales de las actividades de las emprendedoras, por tratarse de una integración laboral que está encastrada en las relaciones familiares. Creo que no debería ser tan extraño preguntarse por qué esto es analizado únicamente como un problema. ¿Acaso no existe hoy un importante debate entre los analistas de las pequeñas empresas (con empresarios varones al frente) sobre la difícil conjugación entre empresa y familia? ¿Por qué tratándose de mujeres no se analiza esta estrategia como una pauta empresarial novedosa e integradora en un entorno de tradición cultural familista?

Los autores constatan aquí que el medio rural es hostil para las mujeres, y ofrece para ellas unas condiciones de vida y unas opciones no siempre deseadas por ellas mismas. Es cierto, tal y como lo ponen de manifiesto en este trabajo, que la emprendedora rural no existe como sujeto individual, y si existe está inserta en una unidad familiar. Todo el trabajo lleva al lector hacia la constatación de que la emprendedora rural se mueve en un espacio intermedio entre el mercado y la familia, de ahí que los autores concluyan que «el estatus de empresaria se alcanza en función de la posición que se ocupa en el seno de la familia». Se alejan así del tópico de la emprendedora que sobrevive con importantes dificultades entre la familia y la empresa como dos ámbitos diferenciados y a veces incompatibles, para mostrarnos a unas mujeres que viven en un entorno en el que se confunde la familia y la actividad empresarial. Los autores lo confirman: «el empresario rural femenino es doméstico». En definitiva, la mujer construye su identidad como empresaria en torno a las relaciones familiares próximas y buscando la conjunción con sus roles de madre y esposa.

Cabe terminar con una definición, que se echa en falta en diversos momentos del trabajo. Ya con todas las características expuestas, ¿qué se entiende por emprendedora rural? ¿Cuál es la diferencia respecto a las empresarias? ¿Qué es una familia emprendedora? Cuestiones de fácil respuesta pero que se dan, en exceso, por supuestas y quedan ocultas tras las múltiples explicaciones sobre su compleja situación. ¿Son emprendedoras también las que no emprenden un negocio? ¿Lo son las que se mantienen en la economía informal? Sería bueno

un cierre al trabajo donde se tomase con firmeza y claridad el título del libro para dejar claro que la complejidad expuesta ha sido, al menos en parte, desentrañada.

Quedan quizás algunas preguntas sin responder que animan a seguir explorando a este colectivo. Se echa en falta una comparación con el empresariado masculino rural y, más aún, una cierta aproximación a la «cultura empresarial» de las emprendedoras (cuestionada en el texto), pues, al margen de su nivel de cualificación, el entorno familiar cuenta con saberes informales que seguramente han contribuido al establecimiento de su posición social. Es más, ¿se sabe algo sobre la forma en que la familia asimila su decisión (o indecisión)? Posiblemente, la elección de las áreas de análisis adoptada ha propiciado que no existan en este trabajo análisis de algunos colectivos que, siendo minoritarios, pueden ser un contrapunto por su carácter emergente en un medio poco dado a la variedad: faltan mujeres de clases medias,

con mayor formación, y faltan también mujeres dedicadas al turismo rural.

Este libro es una estupenda radiografía de la posición de las mujeres rurales en el mundo laboral que no debe faltar en la biblioteca de los analistas de la ruralidad. Las conclusiones, en mi opinión, pueden perfectamente sustentar un análisis más optimista sobre el papel-soporte de estas mujeres en el medio rural, un optimismo que parece costarles a los autores. La valentía de las mujeres que dan el paso hacia las actividades empresariales más formales, y la de aquellas que lo hacen también de manera informal, muestran su intención de no mantenerse en el rol más tradicional de madres y esposas, buscando para sí mismas una nueva dimensión en una sociedad más proclive a la inercia que al cambio. Y con ellas cambiando, cambia también el medio.

Cecilia DÍAZ-MÉNDEZ
